

Los amorosos

Cartas a Chepita

JAIME SABINES

Los amorosos
Cartas a Chepita



Diseño de la portada: Vivian Cecilia González

Fotografías de la portada e interiores: Archivo personal de la familia Sabines Rodríguez

© Eliane Cassorla, fotografía de la portada

© Carlos Monsiváis por *De Jaime a Chepita*: “guarda tu corazón; entiérrame en él”

© Bárbara Jacobs por *Cartas de novios de Jaime Sabines a Josefa Rodríguez*

Diseño de interiores: Andrea Lehn

© 2009, Jaime Sabines

© 2009, Josefa Rodríguez Zebadúa

Derechos reservados

© 2009, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial JOAQUIN MORTIZ

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570 México, D.F.

www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: septiembre de 2009

ISBN: 978-607-07-0232-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

DE JAIME A CHEPITA: “GUARDA TU CORAZÓN; ENTIÉRRAME EN ÉL”

Carlos Monsiváis

Es arriesgado publicar las cartas de amor de un joven de veintidós o veintitrés años, así este joven sea Jaime Sabines, el gran poeta. Pueden ser ráfagas de un temperamento alucinado, o incursiones en la cursilería de la época, acción de la que nadie, por vigilante o previsor que sea, se exime. El peligro allí está, y las repeticiones y la información insubstantial que da fe de intimidad, y la insistencia en lo declarativo, al “Te Amo” multiplicado como rosario o ritual hindú. Sin embargo, las cartas de Jaime Sabines a su novia, Chepita, con la que se casará y tendrá hijos, admiten claramente su publicación porque, además de atestiguar una vitalidad amorosa en pleno desarrollo, contienen ejercicios de prosa poética con fragmentos muy afortunados que remiten a la gran literatura que ya escribía Sabines entonces. En un sentido muy preciso, en el del mismo impulso lírico, partes de esta correspondencia se vinculan directamente con el ánimo de los dos primeros notables libros de Sabines, *Horas* y *La señal*.



Las cartas despliegan la vida cotidiana de un escritor, y son también, selectivamente, un texto magnífico escrito a los veintidós o veintitrés años de edad. Desde muy joven, Sabines se reconoce en sus obsesiones, en su fascinación por los temas y los sistemas metafóricos que distinguen y señalarán su obra. Desde los primeros textos, él nada tiene que ver con la inexperiencia o el candor, es un escritor que acude a las fuentes primordiales y procura escribir desde la fuerza de los orígenes. En las cartas se reitera su cercanía a la Biblia, lo que incluye al profeta Ezequiel, no por espíritu religioso sino por la necesidad de familiarizarse con la cosmogonía cristiana, la de su formación estricta y vaga a la vez. En la Biblia, que Sabines estudia, se halla el gran lenguaje, el de los Salmos y el libro de Job, y están también, en su vigor de revelación incesante, los orígenes míticos y en ellos el amor sin ataduras que es un gran principio de identidad. *En el principio era el Verbo...* y el *Cantar de los cantares*. El proyecto está a la vista: un lector de la Biblia, muy enamorado, se propone fundar una dinastía que le pertenezca enteramente. *Lento, amargo animal que soy, que he sido*, y en poesía y en momentos de sus cartas Sabines va de los ancestros a los descendientes, y de regreso:

*Amargo como esa voz amarga
prenatal, presubstancial, que dijo
nuestra palabra, que anduvo nuestro camino,
que murió nuestra muerte,
y que en todo momento descubrimos.*



En las cartas, como en *Horal* y *La señal*, se extiende la mezcla de extroversión y ensimismamiento, de jactancia y humildad que desemboca en un conjunto de insistencias: la soledad que es un paréntesis entre la protección de las potestades amorosas, la insistencia en la posesión del ser amado que es la manera de extender los límites del Yo, la admisión de las debilidades que delata la ausencia del Bien Preciado. Y de modo incesante Sabines se dirige a su novia pero, también y enfáticamente a lectores que no están allí ni tendrían por qué estarlo. Son envíos de amor que no excluyen a entusiastas de la poesía. Chepita es la primera y genuina destinataria pero no es la única, no porque Sabines se proponga en algún momento dar a conocer cartas que no son propiamente textos y que, por lo demás, sí disponen de una destinataria única, sino porque en esa etapa de su vida (que es en lo básico vida literaria) todo se le vuelve poesía, lo que equivale a decir, todo exige la mirada y la complicidad de los desconocidos, sus semejantes, sus hermanos. He aquí un fragmento de una misiva:

Pórtate bien; cuídate; no te enfermes (es de muy mal gusto eso);
guarda tus ojos; áname; guarda tu corazón; entiérrame en él;
déjame que investigue –mi nombre, mi presencia, mi imagen–
déjame que investigue las últimas células de tu cuerpo, los últimos rincones de tu alma;
déjame que viole tus secretos, que aclare tus misterios, que realice tus milagros;
consérvate, presérvate, angústiate; sufre el amor; espérame
te besa (pero te besa de verdad, medio minuto, un minuto, cuatro litros de sangre, a 5 atmósferas), te besa,
25 de julio de 1948.



En otro nivel, la correspondencia divulga lo típico del mundo de Tuxtla Gutiérrez, cerrado, circular, provinciano si se quiere y con ese término. Sabines y Chepita (Josefa Rodríguez) se integran en el mismo sector social de Tuxtla Gutiérrez, donde todos se conocen y a diario se reconocen. “*Hoy no lo vi, ¿estará enfermo?*” Todos se frecuentan en los bailes y en los numerosos, inevitables encuentros que no son ni podrían ser ocasionales, porque en el ámbito de esas proporciones *la ocasión* no existe propiamente, es el sinónimo de vida cotidiana. Los amigos de ambos son o serán inmediatamente los mismos, la ciudad es la gran familia de esa clase media que todo lo tiene en común y las costumbres son las señas de identidad que se dispersan y unifican en las idas al cine, los paseos en la plaza, el recuerdo preciso de cuántas piezas se bailaron con quién, la información exacta de bodas y duelos. El medio social de Jaime y Chepita es un cernidor de costumbres y prejuicios que inhibe los secretos, a menos que se entienda por secreto aquello que tarda unas horas más en saberse. Sabines le dedica un espacio amplísimo a esa pequeña historia que lo une y reúne con Chepita y lo fortalece consigo mismo, pero esto en la intención de los escritos no es lo fundamental, que consiste en recordarse las semejanzas entre amor encendido y vocación poética:

¿Quieres que te lo diga?: hay un montón de brasas en mi sangre; estoy ardiendo, ardiendo! –Me está quemando el tiempo; me tiene encendido la vida.

Tú –yo– nosotros... Nosotros no importamos nada. Somos un accidente en el amor; nomás un accidente –una caída de piedra, el vuelo de una hoja, un lamento.

Digo que la vida es pura experiencia; que me canso; que me rebelo a sobrevivirme diariamente.

No hay lugar para el místico que soy dentro del ateo que represento. Y no es problema de Dios –hace tiempo abandoné a Dios–; es conflicto de identidad, de realidad.

27 de julio de 1948.



Sabines en *Horas* y *La señal*, dos libros notables, muy probablemente los mejores primeros libros de poesía de un gran escritor mexicano del siglo XX, explora los alcances de su espontaneidad, lo que también se manifiesta en las cartas:

Y hacía cuatro horas que estaba solo, en la cama. Empezó a llover. Caía el agua como si fuera el primer aguacero sobre la tierra. Yo padecía de gota en la columna vertebral. Cambiaba de posición cada quince minutos. Boca abajo —como ella—, boca arriba, en decúbito lateral —derecho, izquierdo—, y me dolía mucho el costo transversal derecho y el dorsal mayor. La arteria coronaria te aprisionó. Millones de palabras, como eunucos. Saltaban, gesticulaban, gritaban. Chepita. ¿Cuál? Un nombre. Chepita ¿cuál? Una mujer. Chepita ¿cuál? Chepita. Pero si sumo los litros de agua que caen sobre Tuxtla, y las horas de ausencia, y los largos kilómetros de anhelo ¿qué me queda? Un dolor. Cuarenta grados centígrados. Sulfato de quinina y azul de metileno insuficiente. Tengo dos tumores, dos riñones adentro. Por eso preferí morirme. ¿No fuiste a mi entierro? Sí, sólo faltaste tú. Hubieras visto! No sé quién pronunció un discurso. “Estamos aquí para enterrar a Jaime Sabines. Enterrémoslo!” “¡Vrabo! (Bravo!)” Aplausos. Vítores, dianas. “Cuarenta y ocho segundos, por favor, de silencio.” Entonces levantaron la tapa del féretro y me echaron el último puñado de tierra. Yo, por fin, me quedé a solas contigo.

4 de septiembre de 1948.

El texto podría, sin duda, pertenecer a uno de sus libros del inicio. “*Millones de palabras, como eunucos.*” La metáfora no es gratuita, responde a la idea de la inutilidad de las palabras

cuando carecen de depositario. Un gran indicio del respeto que Sabines tiene por su compañera es que jamás traslada a libros lo que debió considerar hallazgos literarios en sus cartas, son estrictamente efusiones “del alma”, y esto es lo propio de un escritor que es uno de los “amorosos” que describiría famosamente. En las cartas, Sabines es un personaje de su poesía posterior.



La sinceridad, la franqueza insólita en esa época, son requisitos de la escritura epistolar de quien no quiere engañar para no caer en el autoengaño de sentirse distinto en la vida y por escrito. Sabines define a su personaje que es él mismo, con leves variaciones, de la persona en trance de verdad:

¿Es posible que, a estas alturas, no creas en mí? ¿O te sientas débil ante la distancia y ante el tiempo? Yo nunca te he jurado fidelidad sexual; no podría ser; es absurdo; tú misma no la deseas. El que yo ande con otra no quiere decir que deje de andar contigo. Tú estás más allá de todo esto, linda. Sería hacerte pequeña introducirte en estas pequeñeces. Tú no eres ni circunstancia ni accidente —te lo he dicho—, tú eres intimidad, esencia.

8 de octubre de 1948.



Definirse es situarse de otra manera, siempre de otra manera. Sabines escribe las cartas para, una vez más, persuadir a la amada de la naturaleza total del amor que se le ofrece, y por ello, por ejemplo, necesita plantear con rudeza las diferencias entre enamoramiento y amor, entre lo que otorgan las circunstancias y lo que entrega la certeza: el corresponsal

se dirige a la persona más importante en su gran proyecto: construir una familia, *la Familia*:

¿Estoy enamorado en verdad? Yo sé que no es enamoramiento, es amor. Uno se enamora de cualquier mujer, a cualquier hora, en un encuentro fortuito, en una cita premeditada. Yo me enamoro a cada paso, de unos ojos, de una palabra, de un gesto oportuno, de una sugerencia, y no obstante sólo quiero a Chepita. En las demás es pura función estética; en Chepita es dación, entrega indefectible, transferencia.

7 de noviembre de 1948.



Un joven se anticipa a las prevenciones de la amada, las ataja, y en la operación de la sinceridad debe verse también la obligación de la poesía: “Yo me enamoro a cada paso, de unos ojos, de una palabra, de un gesto oportuno, de una sugerencia, y no obstante sólo quiero a Chepita”. El lugar común le es hostil a Sabines, es territorio enemigo. ¿Quién, sino un poeta, se enamoraría de una sugerencia? No es que Sabines escriba para la posteridad, él lo hace para esa posteridad que es él mismo situado en el goce de sus relecturas, o, tan sólo, en el percibir que no prodiga concesiones, se puede hablar de lo intrascendente porque eso constituye la trascendencia del vivir cotidiano, pero también, se debe profundizar en el amor, y para ello, vehículo privilegiado, nada más está la poesía.



En Chepita, Sabines observa la fuente de su pasión amorosa y de su persistencia lírica. A ratos se dirige a la estudiante

de Odontología en la ciudad de México, a ratos a la hija de la familia con la que Sabines ya se familiariza (Tuxtla, la gran familia); a ratos a la joven cuya desconfianza hay que desarmar para siempre; a momentos también, los más característicos de la correspondencia, a la lectora primera de la poesía dedicada a ella pero también dirigida al propio Sabines:

Ve de milagro en milagro, de sorpresa en sorpresa, a lo largo de ti misma. Estás triste, es cierto, pero tú no eres tristeza, tú eres alegría y serenidad y paz. No mires sólo un aspecto de ti misma, un accidente de tu propia substancia; tú eres todas las cosas juntas, y el mar y las estrellas y las rosas se anuncian en ti. No mires tu miseria, no te complazcas en ella; hazla a un lado, apártala, y cultiva lo que todos tenemos de divinidad adentro.

22 de abril de 1949.



De vez en cuando, Sabines cuenta lo que es la vida de “bohemio” en la ciudad de México, en ese mundo de la Facultad de Filosofía y Letras en el edificio de Mascarones, que nunca se nombra. Allí convive con quienes serán escritores importantes: Emilio Carballido, Sergio Magaña, Rosario Castellanos, Ricardo Garibay, y con filósofos muy valiosos: Luis Villoro, Jorge Portilla, Emilio Uranga. Sin embargo, por nombre sólo alude a Chayito Castellanos, su paisana, y a su novio Ricardo Guerra, y allí mismo desmenuza los celos posibles de Chepita. A ella le ofrece vislumbres de comportamientos “insólitos” para lo que han vivido en la ciudad natal, y que requieren la ironía que inmuniza contra las vanidades:

Algunos sábados —*algunos*— mi cuarto está al reventar: los del grupo 30 (pintores), los del “Xenia” (escritores y mampos) y algún otro sin grupo, sobre la cama, en las sillas, sobre el suelo, todos hablan, gritan, cantan, declaman, y cuando ya acabada la botellita de Batey a rigurosa cotización comprada, van desfilando en el laberinto del cuarto vecino, entre la satisfacción común y la paciencia santa de doña Anita. Hay, entre ellos, 4 ateos y 6 mochos, 3 salidos de un seminario, y 2 hipócritas. La cosa se pone buena, casi siempre con el triunfo de los ateos y el escándalo de los creyentes. Todos escuchan y aplauden mis versos, y se van convencidos de que soy el mejor poeta de México; convencimiento que es necesario reforzar el sábado siguiente, “no estando en mi casa” y culpándolos después de no haber ido a tiempo.

21 de julio de 1949.



En las cartas hay también parrafadas donde el enamorado se dedica en exclusiva a ufanarse de su condición de gente común provista de gran dosis de sarcasmo, con el desdoblamiento típico de quien juega a infantilizarse para tranquilizar a la corresponsal:

¿Cómo estás? ¿no has engordado nada? ¿qué es eso de tener gripes? ¿ya se te quitaron las ronchas? ¿quieres casarte con Jaime? ¿qué le vas a dar? ¿puro toloache? ¿con eso de necesitar tanto el dulce te vas a volver diabética? ¿qué es lo que te gusta más: el dulce o el toloache? ¿los dos al mismo tiempo, o primero uno? ¿si uno primero, cuál? Ahora que yo llegue ¿vas a estar bonita? ¿qué me vas a dar? ¿sabías que el pobre de Jaime está reenamorado? ¿hecho un idiota? ¿pensando sólo en su Chepita linda,

queriendo darle un besito en sus labios bien abiertos y húmedos? ¿tú sabes con qué vas a amarrarme para que no te deshaga? ¿sabes dónde vas a poner mis manos, mi cabeza, mi boca?

1º de diciembre de 1951.



Las cartas de Jaime a Chepita son un documento y, con frecuencia, una expresión literaria. Son el retrato vívido de un idilio provinciano, del surgimiento de un poeta que no distingue entre su tarea ya profesional y las consignaciones de su amor específico. Es una descripción de la clase media de Tuxtla, del papel rector y lejano de la política (como quien no quiere la cosa, Sabines refiere su participación en un cortejo electoral), es el desfiladero de ires y venires de familiares y amistades, es el valeroso, y hasta donde Sabines lo reconoce, exitoso enfrentamiento al tedio, y es también y sobre todo la manifestación libre de un gran poeta que en ese tiempo lo es por el descubrimiento tumultuoso, vertiginoso de las metáforas y las secuencias líricas donde el amor, la soledad, el tiempo, la muerte, son las frustraciones y vertientes por donde fluye una poesía extraordinaria:

Acude a tu corazón, acude al mío. Lloro cuando tengas ganas de llorar, pero no estés llorando siempre. Cree que tu dolor es mi dolor, que yo padezco tu hambre y tu sed, que yo también desespero y maldigo, que yo también no sé qué hacer muchas veces. Pero mira también que me levanto y que no confío en la muerte. La muerte no es ningún remedio para el que desea vivir. La muerte es un débil consuelo que no me sobornará nunca. Es aquí en la vida en donde tengo que encontrar remedio de la vida. Y una buena receta es el amor y el saber mirar por

encima de mi hombro mis propias penas. Mi miseria es una parte de la miseria humana. Y pueden sufrir con mi corazón todos los hombres.

17 de octubre de 1949.

Los amorosos. Cartas a Chepita es un testimonio, a momentos un formidable alegato lírico y un estar dentro de la mentalidad poética del autor de *Horal* y *La señal*.

